Las vírgenes insensatas y las vírgenes prudentes

Arend REMMERS

biblicom.org

> «*Sed vosotros semejantes a hombres que esperan a que su señor regrese*» (Lucas 12:36)

La parábola de las 10 vírgenes (Mat. 25:1-13) es la segunda de las 3 parábolas que tratan sobre el comportamiento y la responsabilidad de quienes se profesan seguidores del Señor Jesús durante su ausencia. Comienza con estas palabras: «Entonces el reino de los cielos será semejante a 10 vírgenes, que tomaron sus lámparas, y salieron al encuentro del esposo» (Mat. 25:1). Por lo tanto, estas parábolas no tratan de la Iglesia de Dios, sino del Reino de los cielos. Mientras que la Iglesia está llamada a bendiciones eternas y celestiales, el Reino de los Cielos es de naturaleza temporal y está limitado a la creación. El reinado del Hijo del hombre sobre todas las obras de sus manos (Sal. 8:7), anunciado por los profetas del Antiguo Testamento, podría haber comenzado con poder y gloria si los judíos no hubieran rechazado al Señor Jesús. Así fue como el reino tomó otro rumbo. Durante la actual ausencia del Rey, no son solo «los pobres de espíritu» (Mat. 5:3) y aquellos que se han vuelto «como niños» (Mat. 18:3) (en otras palabras: las personas nacidas de nuevo) quienes se encuentran en el Reino de los cielos, sino también muchos de los que solo tienen una profesión de fe exterior, sin tener en realidad ningún derecho a él (Mat. 7:21). El Esposo de esta parábola es, sin duda, el Señor Jesús, pero aquí no se le considera en relación con su esposa, la Iglesia. En esta parábola no se hace ninguna mención a ella, al igual que en las bodas del hijo del rey del capítulo 22.

El tema de la parábola es la disposición a salir al encuentro del Esposo. La tarea del siervo en la parábola anterior consistía en velar por los intereses del Señor durante su ausencia. Aquí, en cambio, se trata de prepararse para Él mismo y para entrar en la fiesta de las bodas. La historia del Reino de los cielos, desde el momento en que las 10 vírgenes salen debido a su profesión de fe hasta el momento en que 5 de ellas entran en el banquete nupcial, se condensa en la parábola en una sola noche, aunque, históricamente, hayan transcurrido casi 2.000 años entre ambos momentos. Sin embargo, nuestra atención se centra en el desenlace, el final. La expresión temporal introductoria «Entonces» vincula esta parábola con la conclusión de la anterior.

Las vírgenes son puras e intactas. Tal pureza debe ser el sello distintivo de quienes profesan su fe en Dios (comp. con 2 Cor. 11:2; Apoc. 14:4). El número *10* remite aquí a la responsabilidad ligada a su profesión de fe. Las *lámparas* simbolizan la profesión de fe hacia el Señor esperado, que debe servir para su honor y su glorificación (comp. con Mat. 5:14-16; Apoc. 2:5). El aceite es aquí, como en muchos otros pasa-

jes de la Biblia, una imagen del Espíritu Santo. Esto queda especialmente claro en Zacarías 4:1-6 y en Apocalipsis 11:4.

Aunque estas 10 vírgenes se parecen a primera vista, existe, sin embargo, una gran diferencia entre ellas. Es cierto que todas poseen una lámpara, pero a algunas de ellas se las califica de necias porque no han llevado aceite consigo, mientras que las prudentes tienen aceite en sus vasijas. Es cierto que todas profesan la misma fe exterior, pero solo 5 de ellas poseen la fuente de poder divino necesaria para ello, es decir, el Espíritu Santo. ¡Las demás son profesas espiritualmente muertas, cuya locura tiene consecuencias eternas!

El hecho de que todas ellas «se levantaron» indica que seguir al Señor siempre implica un abandono de lo que ha sido hasta entonces. Leví, el publicano, «dejándolo todo, se levantó y lo siguió» (Lucas 5:28; comp. con Mat. 19:27). El judío debe abandonar el judaísmo, el pagano la idolatría y el mundo, «para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar de los cielos a su Hijo» (1 Tes. 1:9-10).

«Como tardaba el esposo, todas cabecearon y se durmieron» (v. 5). Muy pronto, la cristiandad, que vemos representada por estas 10 vírgenes, perdió su verdadero carácter y renunció a la esperanza de su vocación. Cuando cesaron las persecuciones, se adaptó al mundo, como también vemos en la parábola anterior con el siervo malvado. Incluso los verdaderos cristianos se conformaron al mundo, mientras que el mundo adoptaba una profesión de fe cristiana y se asimilaba a los cristianos. El resultado fue que la preciosa verdad de la época apostólica, tan querida por todo creyente perseguido –la venida del Señor– cayó en el olvido. Los cristianos se sentían como en casa en el mundo y ya no le necesitaban, mientras que los simples profesos no le querían en absoluto. Así, todos se quedaron dormidos.

El punto de inflexión de la parábola es el grito de medianoche: «*¡He aquí el esposo!*» (v. 6), cuyo contenido se corresponde casi con las palabras introductorias de esta parábola (comp. con el v. 1). Una vez más, esto recuerda a las vírgenes su profesión de fe y su misión. Este llamado se ha relacionado, con razón, con el redescubrimiento, a principios del siglo 19, de la doctrina bíblica de la venida del Señor, que tuvo un fuerte impacto en los creyentes, hasta el punto de constituir una de las características del avivamiento que se estaba produciendo entonces en el seno de la cristiandad. Pero no se trata solo de la doctrina del regreso de Cristo, sino de Él mismo: «¡He aquí el esposo!». Para salir a su encuentro, se necesita el aceite del Espíritu Santo, que solo poseen los verdaderos creyentes, aunque se hayan quedado dormidos, como hemos visto.

«Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y prepararon sus lámparas» (v. 7). Incluso en ese momento, todavía no se aprecia ninguna diferencia exterior entre las vírgenes insensatas y las prudentes. Todas salieron juntas con sus lámparas, todas se quedaron dormidas, se despiertan ante el grito resonante y se levantan para preparar sus lámparas. ¡Lo trágico es que las insensatas siguen sin darse cuenta de la enorme diferencia que las separa de las demás! Siguen pensando que todo va bien. Y, sin embargo, les falta lo esencial: el aceite. Porque para cada creyente, «tenéis la unción del Santo» (1 Juan 2:20).

Solo cuando las mechas de sus lámparas se encienden brevemente para apagarse al instante se dan cuenta de que no tienen aceite y de que, por lo tanto, no están preparadas para recibir al Esposo. En esa situación, se dirigen a las vírgenes prudentes y les piden: «*Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan*» (v. 8). Del mismo modo, Simón el mago había propuesto en otro tiempo, en los inicios del testimonio cristiano, dinero a Pedro diciéndole: «diciendo: Dadme a mí también ese poder, para que a cualquiera sobre quien yo imponga las manos reciba el Espíritu Santo», pero Pedro tuvo que responderle: «No tienes parte ni herencia en este asunto; porque tu corazón no es recto delante de Dios» (Hec. 8:18-21).

Aunque el ejemplo de Simón el mago se inscribe en un contexto totalmente distinto, muestra claramente que su intención no era en absoluto ser salvado, sino únicamente adquirir un cierto "estatus" exterior. Lo mismo ocurre con las vírgenes insensatas de la parábola. Ellas, que al principio habían manifestado sin duda una hermosa profesión de fe, demuestran ahora que no habían ido más allá de las apariencias. Tampoco se preocupan por el Esposo, sino por sus lámparas.

Por lo tanto, aquí no se plantea la cuestión de cómo una persona que busca sinceramente llega a la conversión y a la fe salvadora. El tema de esta parábola es la disposición a encontrarse con el Esposo, y no la conversión de los pecadores, a quienes se aplica hasta el final: «El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida», y la Palabra de Dios no se contradice (Apoc. 22:17; comp. con Is. 55:1-2). Nadie que acuda al Señor Jesús es rechazado, y cualquiera que pregunte sinceramente a un cristiano creyente cómo alcanzar la paz con Dios podrá obtener una respuesta sencilla y clara. Pero ¿cuántas personas han dicho ya a los hijos de Dios?: "¡Ay, si tan solo tuviera una fe como la vuestra!» ¿No era ese el lenguaje de las vírgenes necias? Representan, pues, a personas que, aunque plenamente conscientes de que les falta algo esencial, siguen sin embargo sus propios conceptos religiosos y se extravían así por un camino que conduce finalmente a la perdición eterna.

Por eso las vírgenes prudentes responden: «Mejor es que vayáis a los que venden, y comprad para vosotras, no sea que no haya suficiente para nosotras y vosotras» (v. 9). Estas palabras no deben interpretarse como una negativa por parte de las vírgenes prudentes a llamar la atención de las vírgenes insensatas sobre la salvación, sino que indican que hay que tomar otro camino para alcanzarla. Nadie puede "creer en lugar" de otra persona, ni siquiera un marido por su mujer, ni los padres por sus hijos. No se puede simplemente compartir el aceite del Espíritu Santo con los demás.

Ahora bien, queda claro otro hecho con implicaciones eternas: «*Mientras iban a comprar, vino el esposo*» (v. 10). Hay personas como el gobernador Félix, que era consciente de la gravedad de la eternidad, pero que vaciló y le dijo a Pablo: «Por ahora vete; cuando tenga un momento oportuno, te mandaré llamar» (Hec. 24:25). ¿Llegó alguna vez ese momento oportuno para él? También hay personas que, según dicen, se interesan por la religión y se adentran en todo tipo de cuestiones y problemas en este ámbito. Pablo las describe como aquellos que «siempre están aprendiendo, sin poder llegar al pleno conocimiento de la verdad» (2 Tim. 3:7), pues buscan en la dirección equivocada. ¡Un día se acabará el plazo!

Acudir a los comerciantes ya no sirve de nada a las vírgenes insensatas. Han dejado pasar el momento oportuno para procurarse aceite y deben reconocer, demasiado tarde, que el mero hecho de poseer lámparas adornadas –es decir, una simple profesión de fe en Cristo– no basta.

«*Las preparadas entraron con él al banquete de bodas*» (v. 10). Las 5 vírgenes prudentes están preparadas. Poseen todo lo necesario para entrar en las bodas y alcanzan así la meta gloriosa: el gozo de su Señor. Puesto que aquí no tenemos ante nosotros a la Iglesia como tal, sino el Reino de los cielos, no debemos buscar aquí las bodas del Cordero, la gloriosa unión de la Iglesia con el Señor Jesús (Apoc. 19). La Esposa no se menciona en absoluto aquí.

«Fue cerrada la puerta». ¡Qué gravedad se esconde tras estas palabras! Aún hoy constituyen una advertencia. Pronto anunciarán un hecho consumado, con terribles consecuencias para muchos. Esos quedarán excluidos de ese gozo y de esa gloria, y ello para siempre. Ante la súplica «¡Señor, Señor, ábrenos!», la respuesta no será más que: «No os conozco» (comp. con Mat. 7:21-23).

«*Velad, pues, ya que no sabéis el día ni la hora*» (v. 13). Con esta advertencia termina la parábola. Se dirige a los discípulos que escuchan y, por lo tanto, también a nosotros. Como creyentes, ¿esperamos la venida de nuestro Señor velando? ¿Tenemos realmente suficiente confianza en Él, guardamos su Palabra y no negamos su

nombre?